

Mauro Cerbino e Isabella Giunta, compiladores

Biocapitalismo, procesos de gobierno y movimientos sociales

Antonio Negri, Michael Hardt
y Sandro Mezzadra



UNIVERSITÀ DELLA CALABRIA



Scuola di dottorato in Conoscenze e
Innovazioni per lo Sviluppo
"Andre Gunder Frank"



**INSTITUTO
DE LA
CIUDAD**

Biocapitalismo, procesos de gobierno y movimientos sociales / compilado por Mauro Cerbino e Isabella Giunta. Quito: FLACSO, Sede Ecuador, 2013

138 p.

ISBN: 978-9978-67-393-5

POLÍTICA ; AMÉRICA LATINA ; CAPITALISMO ; BIOCAPITALISMO ; MOVIMIENTOS SOCIALES ; NEOLIBERALISMO ; MOVIMIENTO INDÍGENA ; CONFEDERACIÓN DE NACIONALIDADES INDÍGENAS DEL ECUADOR (CONAIE) ; ECUADOR

320.980 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 323 7960
www.flacso.edu.ec

ISBN: 978-9978-67-393-5

Cuidado de la edición: Carolina Páez V. y Vanessa Bonilla

Imagen de Portada: Pablo Jijón Valdivia

Transcripción de ponencias: Isabella Giunta y Marco Panchi

Traducción del italiano: Luca Mariotti

Diseño de portada e interiores: FLACSO

Imprenta: Gráficas V&M

Quito, Ecuador, 2013

1ª. edición: mayo de 2013

El presente libro es una obra de divulgación y no forma parte de las series académicas de FLACSO-Sede Ecuador

Índice

Presentación	7
--------------------	---

Prólogo

En diálogo abierto con Antonio Negri, Michael Hardt y Sandro Mezzadra	9
<i>Mauro Cerbino e Isabella Giunta</i>	

Primera Parte

Biocapitalismo y constitución política del presente	19
<i>Antonio Negri</i>	

Transformaciones en los procesos de Gobierno y movimientos sociales en América Latina	43
<i>Michael Hardt y Sandro Mezzadra</i>	

América Latina: entre impasse y nuevo conflicto social. Notas para reabrir la discusión.....	97
<i>Sandro Mezzadra</i>	

Segunda Parte

Diálogos con representantes de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE)	109
Diálogos con representantes de otras organizaciones sociales (CNC-Eloy Alfaro, Mujeres por la Vida)	125
Los autores.	137

Biocapitalismo y constitución política del presente

Antonio Negri

Quisiera agradecerles por estar reunidos aquí, confesando cierta timidez al encontrarme frente a una público tan numeroso, formado por tanta gente que piensa en los problemas sociales y políticos de manera constructiva. En segundo lugar quisiera agradecer al director de FLACSO, Juan Ponce y a Mauro Cerbino, quienes con tanta amabilidad acogieron a mí y mis compañeros (Michael Hardt y Sandro Mezzadra), para trabajar con ustedes. Finalmente quisiera agradecer a Carlos que está traduciendo, un viejo amigo hacia el cual siento mucha confianza y cariño.

El tema que tengo que tratar esta tarde es 'Biocapitalismo y constitución política del presente' y –no obstante lo que dijo Mauro respecto a mi capacidad de reflexionar sobre el hacer y la actividad política– me temo que les voy a decepcionar, porque esta tarde hablaré en términos bastante teóricos. El motivo es muy sencillo: he llegado aquí sin conocer bien la situación ecuatoriana. Hablé con muchos compañeros y amigos, y descubrí que me encuentro en una situación contradictoria, en continuo movimiento y vivaz, en la cual es difícil pronunciar una palabra magistral, justamente porque a veces los temas se viven y se sienten de manera comprensible y otras solo de manera polémica. La dialéctica política es linda, porque es una señal de libertad; pero sabemos bien que, en muchos casos, el lenguaje y los fenómenos de comunicación pueden volverse complejos. Por tanto tengo la esperanza de provocar la discusión y, como mucho, comprometerme aun en el juego de roles. Sin embargo, en primer lugar se trata de organizar un discurso.

Biocapitalismo y construcción política del presente. El término biocapitalismo en lo fundamental tiene dos significados: el primero indica un capitalismo industrial aplicado al desarrollo de las ciencias biológicas en general. El segundo, que voy a tratar, se refiere a un capitalismo que para su valorización (es decir para sacar ganancias) ya ha involucrado a la totalidad de la sociedad. Inclusive (y algunas veces sobre todo) a la naturaleza, porque está incluida en lo social y en la producción de bienes y valores. Para comenzar, delinearé una crítica del biocapitalismo. He llegado a la definición de este concepto no solo en virtud de la experiencia, sino también en base a una lección que proviene de Marx –quien en todo caso es fundamental para una opinión crítica del capitalismo– y llega a Foucault y a la última filosofía francesa e italiana, que nos permitieron afrontar los temas del *bios*, o sea la vida.

¿Por qué el capitalismo actual, a diferencia del industrial, no solo construye de manera mecánica los productos, sino quiere ocuparse también de los bosques o de la vida de los hombres? ¿Por qué ha transformado la medicina, haciendo de esta una de las fuentes básicas para sacar ganancias? ¿Por qué afronta el *welfare*, es decir las políticas de asistencia que acompañan al ser humano por toda la vida, para convertirlas en elementos de valor? En términos marxistas el capitalismo pasó de la ‘subsunción formal’ a la ‘subsunción real’ de la sociedad. Esto, en primer lugar, quiere decir que el capitalismo, poco a poco, toma el trabajo como cooperación, lo lleva hacia las ciudades y luego lo concentra en la industria. De ahí, en virtud de su desarrollo, se adueña paulatinamente de la sociedad. La extracción de valor ya no es algo que ocurre solo en la jornada laboral, en las ocho horas en que el trabajador se desempeña en la fábrica, el campo o los servicios. Ahora esto sucede también en los procesos de cooperación social que incluyen toda la sociedad. Todos los que trabajan en la sociedad están involucrados, de alguna manera, en una captación de valor que el capital convierte en dinero sonante, en provecho, en renta. Este proceso de transformación de la sociedad en un elemento fundamental de construcción de la valorización capitalista es, de hecho, uno de los grandes cambios que el *noviecienos* nos dejó como legado. Esto quiere decir que vivimos en una sociedad caracterizada básicamente por un modo de producción post-industrial. Las

fábricas, tal como el trabajo material, se están convirtiendo cada vez más en un elemento no esencial, aunque masivamente presente, de los procesos de valorización capitalista.

Las grandes modificaciones en estos procesos ocurrieron, en el mundo, entre los años sesenta y setenta, con la llegada de la automatización en las fábricas, que transformó la manera de producir y trabajar. En consecuencia, comenzaron grandes procesos de expulsión de trabajadores de las fábricas, asimismo, un bloqueo de los flujos que hasta entonces los había conducido hacia ellas. A la vez, empezó una informatización de lo social, es decir la construcción de una cooperación social que va más allá de lo que, hasta entonces, habían sido los lugares centrales de la producción, es decir, las fábricas. Este fue un mecanismo totalmente esencial, que permitió al capital vaciar las fábricas y poner cada vez más a la sociedad en la producción. Recuerdo que –cuando era joven y participaba en las huelgas delante de las fábricas– un día, a mediados de los años setenta, me di cuenta de que la mayoría de los trabajadores que conocía ya no estaba en las fábricas. Cada uno, por tanto, empezaba a tener su pequeña industria o su taller en el sótano de la casa. Un territorio que antes tenía su vida social y su alegría se convirtió en un lugar donde solo transitaban los camiones. No era plenamente la fase de la informática –todavía se utilizaban tarjetas perforadas que se insertaban en las maquinarias para efectuar la producción–; pero desde entonces se empezaba a notar, de manera extremadamente rápida, la organización de la sociedad para el trabajo, la producción y la valorización capitalista. El proceso de destrucción de la clase obrera y de aumento de la producción, a través de agentes singulares, considerados como personas que trabajaban para el capital, se difundía en las fábricas, fuera de ellas y en la sociedad, mediante un aumento progresivo de la tercerización. En la comunicación, tal como en el transporte y otros sectores, la informatización se perfeccionaba de manera cada vez más amplia; era, además, una fase de superación de las fronteras nacionales. Con este proceso de globalización se asiste al desplazamiento de otro tipo de mercadería –igualmente importante– que es el trabajo. Se trata de enormes procesos de emigración, que mueven las poblaciones por aquí y por allá.

Durante la segunda mitad del siglo XX, sin alguna duda, estamos frente a una espantosa e increíble transformación: podemos llamarla ‘subsunción de toda la sociedad bajo el capital’ y está subordinada a los procesos de valorización capitalista. Viendo más allá de la jornada laboral y el mercado nacional, con las primeras crisis de este proceso, ocurridas en los años setenta y luego con las reformas capitalistas de los años ochenta, asistimos a un proceso de verdadera reorganización capitalista y profundos cambios en la sociedad. En realidad se trata de una reorganización llevada a cabo por el capital –que representa un proceso de reestructuración general del sistema capitalista– y que establece las bases de la sociedad en la cual vivimos. ¿Qué había ocurrido? Las luchas obreras en los puntos más altos del sistema capitalista y las luchas de liberación del dominio colonial, difundidas en todo el mundo en aquel período, habían interrumpido la posibilidad de la regulación capitalista, tal como se la entendía hasta ese entonces. La regulación capitalista se había constituido alrededor de la crisis de 1929, en base a tres principios esenciales: la taylorización del trabajo, la organización fordista de la sociedad y la macroeconomía keynesiana. Es notorio que la taylorización del trabajo consiste en separar el mismo trabajo y reducirlo a actos repetidos continuos, interrumpiendo de esta manera el mecanismo de participación obrera en el ciclo global, que se reduce a una serie mecánica de actos parecidos y repetibles. El fordismo resalta que hay que dar un sueldo a los obreros, para que puedan comprarse un automóvil; en otros términos, la producción capitalista puede funcionar solo si el obrero se vuelve el sujeto del consumo de la producción. En tercer lugar el modelo keynesiano es una intervención del Estado enfocada a sostener la demanda, lo que equivale a decir a los capitalistas (tal como hace Keynes): “Algunas veces ustedes se convierten en meros acumuladores de ganancias y así no dejan trabajar a la gente. Ustedes son puercos. Tienen que dejar trabajar a la gente, por lo tanto nosotros establecemos impuestos para que ustedes estén obligados a poner su dinero”.

Lo de ‘dejar que la demanda se alce’ es un complemento macroeconómico del fordismo, como una técnica específica actuada por el capital. Pero esto obviamente significa una ampliación del control capitalista. Cuidado: el capital no es un único dueño, un Leviatán, algo monstruoso

extremadamente fuerte, si no que es una relación social que conlleva que hay quien manda y quien obedece. Hay quien explota y quien es explotado: fuera de esta relación el capital no existe. Entonces, ¿qué es el modo de regulación capitalista? Es establecer una norma y, por supuesto, dinero (unas medidas) para fijar esta relación entre quien manda y quien obedece; entre quien explota (que es la definición de una relación laboral y que, en sí misma, no es una mala palabra; aunque, claro, se volvió así) y quien es explotado. Todo trabajador es explotado, mejor dicho todo ciudadano es explotado; si es cierto lo que afirmamos anteriormente: a estas alturas, la sociedad ha sido subsumida por el capital.

En los años setenta el capital afrontó una durísima resistencia de los trabajadores de las fábricas y, asimismo, el gran evento histórico de la ruptura de las relaciones coloniales. El siglo XX es un siglo largo porque ocurren todas estas cosas, sin embargo a la vez es breve. Tal como dice Hobsbawm –y personalmente creo que es obvio– es un siglo dominado por un acontecimiento increíble: la Revolución Rusa de 1917; es decir, el hecho de que la clase obrera y el pueblo ruso tomaron el poder y organizaron la utopía de ‘vivir sin dueños’. Sabemos que acabó mal, pero los que vivieron en aquel período lo interpretaron de manera totalmente distinta: imaginaron que la humanidad podía emanciparse y, quizás, liberarse del dominio capitalista. Este largo tiempo va de 1917 a 1968 o, si se quiere, hasta 1989. En efecto, si se lo ve desde un punto de vista subjetivo, se interrumpe en 1968, con la gran crisis del comunismo como ideal y acción; pero si se lo considera desde el punto de vista del Estado llega hasta 1989. En este período, en el siglo XX, reina el miedo de la clase dominante de que la revolución soviética pueda desarrollarse por doquier. De hecho es inimaginable, conociendo a los patrones, suponer que un modo de producción fordista o una gestión macroeconómica keynesiana podían realizarse en el mundo capitalista sin la revolución en Rusia. O mejor dicho, sin la *amenaza* de la Revolución Rusa. Una revolución que provoca dos efectos: por un lado derrota a la Alemania nazista y, por otro, abre el proceso de liberación de los pueblos coloniales. Todo esto se acabó, era una utopía. Probablemente acabó mal y a lo mejor merecía acabar mal, porque sucedieron cosas horribles.

Con el fin del siglo soviético empezó el gran resurgimiento en América Latina: ¿una vez más una utopía? No está dicho. Muchos, cuando llegan aquí, a América Latina, oyen hablar de una nueva era que se está abriendo. Y se puede ver, efectivamente. Desde hace tiempo, los veinte años que transcurren desde de la década de los noventa hasta hoy, hemos visto que los movimientos se han abierto y dictado la agenda a los gobiernos. Hoy en día oímos hablar de una restauración del Estado; no es que estamos en contra de la restauración del Estado en el modo en que se propone, pero a veces se nos ocurre que sucedió así también en la Unión Soviética y tenemos alguna preocupación. Se nos ocurre que la centralización, la burocratización y la tecnocracia, algunas veces, tienen efectos muy peligrosos. Volveremos sobre esto más tarde.

¿Qué sucede cuando comienza esta transformación capitalista y el sistema del control taylorista-fordista desaparece? Estamos a mediados de los años setenta. Los capitalistas se dan cuenta perfectamente de que tienen que modificar sus políticas. Entre 1971 y 1973 hacen fracasar los tratados de Bretton Woods y en consecuencia todas las normas que vinculaban la moneda al oro, por tanto a referencias materiales. Desde aquel momento la economía será controlada solamente con grandes convenios financieros, mediante los cuales los capitalistas se ponen de acuerdo sobre la manera en que funcionará la producción de moneda, la capacidad de control, etc. En esta fase se plantean el problema de cómo avanzará el proceso y lo hacen de manera muy seria y concreta. De acuerdo con la reconstrucción de muchos compañeros y estudiosos, el shock fue constituido por la ‘crisis fiscal’ de Nueva York. A mediados de los años setenta se produjo el hecho de que muchos capitales estaban congelados en las cajas fuertes de los patrones, para solventar los seguros obreros y garantizar la continuidad del sistema que había salvado el capitalismo del comunismo: el *welfare*. Entonces los capitalistas se quejaron de que estaban llenos de deudas, se adueñan de esos fondos y así inicia el tema de la deuda que luego resultará esencial. Hay que tener presente que la deuda no es algo concreto, sino una convención. Los capitalistas empiezan a gastar las jubilaciones y todos los fondos del seguro acumulados para la reproducción de la clase obrera. Los trabajadores dejan de ser simplemente objeto de la explotación de su trabajo y, también,

se vuelven productores de dinero para pagar la expansión capitalista y su control. Desde entonces, el modo de producción capitalista se encuentra en una crisis profunda; una crisis señalada por el hecho de que la moneda —que es el medidor del trabajo, la producción, la riqueza y el provecho— ya no contaba con una correspondencia real (siempre que el correspondiente monetario alguna vez haya sido algo que iba más allá del fetiche). En todo caso creo que el dinero, a pesar de todo, representa el valor del trabajo; solo que este trabajo ya no es el trabajo en las fábricas, sino el de toda la sociedad. Se trata de una acumulación basada en la autonomía de los trabajadores y su capacidad de inventar su propia vida. En este punto el capitalismo se vuelve capitalismo financiero y empieza a captar el valor social, concretizándolo mediante la extracción de una materia monetaria particular: los fondos de jubilación. O sea vaciando los fondos del *welfare* para metérselos en el bolsillo.

Personalmente provengo de una vieja escuela llamada ‘obrerista’, que dice que todas las modificaciones del capital son provocadas por la lucha de la clase obrera. No obstante los numerosos experimentos contrarios o que relativizan esta afirmación, creo que hay algo de verdad, en particular con relación al reconocimiento de que la relación capitalista es esencialmente una relación política. Como el capitalismo es una relación social, tenemos que olvidar la posibilidad de aislar la ciencia económica, en tanto una gran ciencia hecha de números y ecuaciones. La ciencia económica es solo una de las tantas figuras para dominar la relación social. El hecho de que se vuelva cada vez más importante en las sociedades actuales muestra una comprensión de la gente sobre la naturaleza de la política, que no está hecha solo de ideales, sino de ideales vinculados con medios y funciones organizativas que permiten vivir, sobrevivir, reproducirse y algunas veces ser felices; por cierto una cosa muy importante.

Desde este punto de vista el ‘rechazo del trabajo’ actuado por la clase obrera occidental, por ejemplo, durante los años setenta, en los puntos centrales de la producción, determinó el destrozo de la organización capitalista. No querían trabajar más así y tenían toda la razón. Recuerdo que los obreros absentistas no iban más a la fábrica y las grandes marcas de automóviles avanzaban a tirones con sus producciones. Los obreros decían:

“La poca plata que tengo la uso para que mis hijos estudien; no quiero que vivan como yo, porque es una vida horrible: pasar cincuenta años haciendo siempre la misma operación”. Cabe decir que a menudo –aun hoy que estamos en esta aura post-colonial– pensamos que los obreros occidentales vivían mejor que los siervos de las colonias. ¡No es cierto! En el rechazo del trabajo y la lucha para expresar un nuevo deseo de vivir (esenciales para ambos) había esta unidad comunista esencial: la lucha contra el trabajo que te domina como elemento universal. Y esto, fíjense, quiere decir que el trabajo representa la dignidad solamente cuando es libre, solidario, cooperativo y común. En base a esto hay los desafíos que tratamos de construir en nuestra vida y en la vida de las grandes multitudes.

Además quisiera destacar que la gran crisis del trabajo, que se abrió en los años setenta, asumió algunas de las figuras que acabo de describir, a más de muchas otras, obviamente; pero ahora es inútil trazar la historia global de estos cambios. La transformación, casi una metamorfosis, que ocurrió durante el desarrollo hacia la sociedad post-industrial, incluyó nuevas formas de organización del trabajo. ¿Qué quiere decir? Está claro, por ejemplo, que aunque el trabajo industrial no ha disminuido materialmente (ya que todavía existe en todas partes), ha disminuido en relación a los valores generales de la producción capitalista. Ha llegado el trabajo cognitivo: así solemos llamar el trabajo inmaterial (respecto al trabajo material típicamente industrial en el sistema taylorista y fordista). Entonces aumentan la cantidad y las proporciones del trabajo inmaterial o cognitivo.

Pero, ¿qué es el trabajo cognitivo? Es el trabajo que produce lenguajes, códigos, información y servicios y que, hoy en día, representa un porcentaje muy alto de la producción de valor; mientras –como se sabe– en la producción de valor disminuye mucho la importancia, sea del trabajo campesino-agrícola o del trabajo industrial. Por tanto ocurre una transformación radical de la manera en la que se trabaja, un cambio que por cierto no será camuflado y mistificado por la absurda ideología de “es lindo trabajar de manera cognitiva, por fin somos independientes”. En realidad, el porcentaje de las enfermedades síquicas aumenta de manera vertiginosa; estos trastornos –y no solo estos– han seguido a las grandes transformaciones informáticas del modo de producción. Otros fenómenos están siguien-

do estos procesos; pero lo importante es la modificación de la fuerza de trabajo en sí. En lo fundamental, cada vez la fuerza de trabajo se vuelve más autónoma, cuando, operando en circuitos informáticos, los trabajadores se vuelven a apoderar de la herramienta del trabajo. Esta, indudablemente, es una transformación esencial. El trabajador no solamente se vuelve a apoderar de la herramienta del trabajo, sino, a la vez, hay cierta autonomía en la organización de la cooperación social, porque el trabajo capitalista se vuelve más rentable y se valoriza más cuando se amplía y más trabajadores se unen. Se establece una relativa autonomía de la cooperación social, en coincidencia con la transformación del ‘trabajo como reapropiación de la herramienta’.

Hace muchos años el campesino llegaba a la fábrica y se le decía lo que tenía que hacer: la cooperación la construía el patrón o su siervo. Ahora la cooperación social es algo infinitamente más compleja y se juega en sistemas de *gobernanza* y dirección de empresa extremadamente complicadas; porque en la sociedad se subsume este desorden organizativo que, por un lado, intriga la capacidad capitalista de explotación pero, por el otro, aumenta su nivel. Eso es extremadamente importante y hay que tomarlo en cuenta. El aumento de nivel se podría entender también mediante la terminología de la teoría marxista clásica. Marx afirmaba la existencia del ‘capital constante’ y el ‘capital variable’: el primero es el conjunto de los medios de producción utilizados (incluido el dinero); mientras el segundo consiste en la cuota de capital que va al trabajo dependiente. ¿Qué era el capital fijo? Era el conjunto de los instrumentos puestos en la producción inmediatamente, mientras el capital circulante era el que permitía la mercantilización social. Hoy en día, en realidad, una parte del capital variable se confunde con el capital fijo, en caso de que haya habido una recuperación por parte de los trabajadores de la capacidad de poseer el instrumento y organizar autónomamente la cooperación social. Son hipótesis que hay que tomar en cuenta, no solo desde el punto de vista teórico; sino sobre todo para la evaluación de la composición de los sujetos que están en juego en el desarrollo capitalista.

Esta consideración me permite analizar, también históricamente, los fenómenos de América Latina, donde la resistencia en la relación capita-

lista no está vinculada solo con la fuerza de trabajo, sino con la comuna y cierta rigidez de las relaciones histórico-culturales que constituyen el sujeto laboral. En este cambio profundo del capitalismo industrial al capitalismo financiero (luego volveremos al capitalismo financiero y sus características particulares) tenemos que tomar en cuenta este elemento de transformación, no solo porque –como siempre sucede– unifica parcialmente las multitudes de trabajadores, sino también porque aumenta la capacidad de resistencia y agrega algo originario a esa transformación abstracta del trabajo que condujo a la construcción del obrero cognitivo. Una de las cosas más impresionantes es que, por ejemplo, hoy en día en China –muchas veces considerada de manera terrorista como un laboratorio a bajo costo– hay más ingenieros que en cualquier otro país del mundo. ¿Por qué? Porque el trabajo cognitivo está en auge. Sin embargo, también en el trabajo cognitivo tenemos que redescubrir una realidad material fuerte, que es, por ejemplo, la del campesino que ama su tierra y aprendió, a través de la cooperación, a construir el colectivo y por ende a organizar la resistencia. Yo creo que el biocapitalismo hoy –volviendo a sus características– no quiere sencillamente atacar a tantos hombres que trabajan de manera autónoma y a través de las mutuas, los sindicatos o las asociaciones bancarias que comarten una porción del dinero que consiguen; lo que se propone es agredir, sobre todo, esta consistencia de la resistencia. Con esto tal vez llegamos al elemento central de la discusión de hoy, o sea pasamos de una descripción esencial del biocapitalismo al otro tema: la constitución política del presente con referencia a la condición material en la cual estamos.

Entonces, ¿qué es el biopoder capitalista? ¿Cuál es su estructura? ¿Cuál es la estructura biopolítica de la fuerza productiva? ¿Cuál es el significado actual de la palabra crisis? Hay que hablar un poco del capitalismo financiero y, también en este caso, eliminar algunas imágenes preconstituidas. El capital financiero es capital: no es una realidad parasitaria o un simple conjunto de instrumentos de cálculo. El capital financiero es una figura del capital, bajo cualquier concepto, exactamente como el Estado y como siguen siendo el capital industrial e infinitas otras formas de la propiedad, históricas, de dominio o formas abandonadas durante el desarrollo económico y la lucha de clases. Entonces, el capital financiero es de por sí una

relación social. No es el capital parasitario que se queda mirando y explota, coge y chupa lo que salga de los buenos trabajadores del campo, por aquí y por allá. No. Es una relación específica de producción de dominio; pero entonces, ¿entre quién se establece relación? Porque, si es una relación, debe haber por lo menos dos sujetos. Por tanto debemos tratar de entender qué quiere decir esta relación que hay entre la realidad del mercado, extremadamente organizada a través de sistemas bancarios, bolsas y el resto de los mecanismos que constituyen el mundo capitalista de las finanzas. Por otro lado, tenemos que identificar a aquellos que son explotados, en cuanto participan en una sociedad productiva y que, entonces, producen valor sea en las fábricas, sea trabajando de manera cognitiva en los servicios y en todas las formas que constituyen la cooperación social. Está claro, por ejemplo, que el trabajo de las mujeres se vuelve absolutamente esencial en este ámbito de captación de valor social propio del capital financiero.

Pero aquí hay que afrontar al menos dos o tres contradicciones inmediatas. La primera se refiere al significado de producción bajo el capital financiero. Porque el capitalismo financiero, si bien es cierto que es capitalismo, sin embargo se presenta en la manera más abstracta e indiferente de control, en el momento mismo en el que se adueña de toda la vida. Eso quiere decir que el capital financiero por un lado se adueña de la vida en su totalidad, pero parece inalcanzable, porque produce su poder a un nivel muy alto. La cosificación de la vida (usando los viejos términos marxistas, ahora románticos), el hecho de que la vida se reduce a una cosa y que la enajenación de los sujetos se vuelve muy evidente cuando se explota el trabajo intelectual. Ahora bien, se trata de un control productivo que en el nuevo modo de producción parece que se ha vuelto totalmente trascendente, obligándolo a producir plusvalía aunque sea consistente de manera autónoma. Y aquí sale a la luz la primera paradoja, si no queremos llamarla la primera contradicción: cuando la producción se basa en estos niveles cada vez más cognitivos de la cooperación (considerada como cooperación informática, pero también como prácticas de cuidado o servicios en general), la valorización del capital ya no se enfrenta sencillamente con el capital variable masificado, con la masa de los trabajadores, sino se enfrenta con las multitudes, o sea con un proletariado formado por singularidades,

con una ciudadanía que es un conjunto de singularidades: este es el concepto de *multitud*. No se trata de individuos (porque el individuo en sí es siempre un Robinson Crusoe), sino de singularidades que viven y encuentran elementos de consistencia solo en la relación con los demás y mediante el lenguaje, que a su vez existe solamente en calidad de cooperación. En el trabajo actual, se existe en tanto cooperación: en caso de que se diga una palabra o se cumpla un acto, hay correspondientes actos u otra palabra. El trabajo se vuelve –ya lo dijimos– lenguaje y esto remite a mi primera hipótesis, si quieren aceptarla, de recuperación, reapropiación, incorporación de porciones de capital fijo por parte de estos nuevos ‘sujetos maquínicos’, como los llamaban Deleuze y Guattari. Sujetos maquínicos en el sentido de que integran y desarrollan lo que antes hacían las máquinas, y lo hacen como singularidad no repetitiva sino innovadora, como singularidades cooperativas y lingüísticas. Entonces nosotros estamos frente a una paradoja violentísima, porque el capital constante, en su forma financiera, se ha vuelto trascendente, altísimo. Por eso ya no podemos contenerlo en el espacio normal de la relación productiva y política, el espacio de acción. Este último se vuelve muy evanescente. Por otro lado, estamos frente a un capital fijo recuperado de las multitudes de los trabajadores de manera híbrida y mecánica, pero sobre el cual grava el comando del capital constante (del capital financiero) a través de una verticalización extrema.

La segunda paradoja se refiere a la propiedad. Si pensamos en la propiedad privada –que es la posesión transformada jurídicamente en derecho– nos percatamos de que esta, que era el fundamento del mundo capitalista, es exaltada por el neoliberalismo de manera esencial. Pero otra vez nos encontramos frente a enormes contradicciones: la propiedad privada, por un lado, es cada vez más sometida al concepto de renta y su valor se calcula cada vez menos en base a la continuidad de la posesión y su usufructo. Actualmente la misma renta proviene esencialmente de los procesos de circulación que se efectúan en los servicios del capital financiero o del capital inmobiliario, o bien de los procesos de valorización que se realizan en los servicios industriales. Pero cuando los bienes privados empiezan a presentarse como relaciones o como servicios, o cuando la producción capitalista se valoriza

básicamente mediante los servicios, la propiedad privada ya no es posesión, sino relación. Es la explotación de la cooperación, que constituye y hace productivos los servicios, mientras la posesión gasta servicios cuando el trabajo se vuelve más que nada cooperativo, intelectual y por ende móvil. Riéndose socarronamente, un compañero me decía: “Me cuesta menos el arriendo de mi casa, que la totalidad de los gastos de agua, luz, recolección de basura e impuestos que pago por el usufructo de ese bien”. La posesión de un bien es totalmente desvalorizada, a no ser que cuente con estos servicios, cuando justamente la propiedad pública lo garantiza. De esta paradoja deriva la así llamada recuperación de la soberanía en el debate actual. Y no solo en América Latina, donde creo que el fenómeno es inclusive histórico, en estos términos: “tenemos que recuperar la soberanía”, como si el pueblo la hubiera perdido; ¡pero la soberanía siempre estuvo en las manos de los patrones! Por si acaso debería decirse: “tenemos que encontrar una soberanía para el pueblo”, pero de eso se habla cada vez menos.

Tal vez la soberanía y el gasto público, hoy en día, sirven sobre todo a las economías políticas del neoliberalismo para garantizar los servicios sin los cuales no habría más propiedad privada. En estos términos, el problema de la soberanía se vuelve muy importante también en países más desarrollados que los de América Latina, aunque a estas alturas desde el punto de vista del mismo desarrollo ya no existen diferencias globales. Esta referencia se vuelve muy importante cuando reconocemos que en las sociedades post-industriales la mediación pública de las relaciones de clase se vuelve cada vez más difícil, por varios motivos: en primer lugar ya no hay medidas de productividad, la cooperación productiva se vuelve cada vez más amplia y hay grandes fenómenos de construcción de lo común (antes de que esto sea privatizado). Lo público soberano ya no enfrenta a las corporaciones, los sindicatos y las instancias colectivas del trabajo que se representaban ellas mismas como sujetos privados; sino se enfrenta a la cooperación, la circulación social de figuras que se componen y recomponen continuamente en la producción material y cognitiva.

En otros términos lo público se enfrenta a lo que llamamos lo *común*. No es solo la progresiva capitalización privada de los bienes públicos que destruye el instituto de la propiedad pública, sino también la dinámica

ontológica que esta capitalización pone en marcha. Es decir la deriva continua de la gestión de lo público en la emergencia, la recurrente caída de ésta en la corrupción y en la destrucción de lo *común* a través del poder de excepción. Estamos frente a un mundo que ha cambiado por lo que se refiere al trabajo y la producción y ante un intento por proponer un modelo soberano que pierde sentido cada vez más y, cada vez más, es mistificado y abstracto.

La tercera paradoja ocurre en la confrontación entre el biocapital y los cuerpos de los trabajadores. Aquí el enfrentamiento y el antagonismo se fijan cuando el capital, en la fase post-industrial en la que el capital financiero y cognitivo se vuelve hegemónico, debe poner en producción directamente los cuerpos humanos, convirtiéndolos en máquinas y no más solamente mercadería-trabajo. Así, en los nuevos procesos de producción, los cuerpos se especializan de manera cada vez más eficaz y conquistan autonomía; a través de las resistencias y las luchas de la fuerza de trabajo maquina, se desarrolla cada vez más expresamente la demanda de una producción del hombre para el hombre, o sea para la máquina-viviente-hombre. En efecto, en el momento en que el trabajador se vuelve a adueñar de una parte de capital fijo y se presenta de manera variable, a menudo caótica, como actor cooperante y como una suerte de sujeto precario más autónomo en los procesos de valorización del capital, ocurre una inversión completa en la función del trabajo respecto al capital. El trabajador ya no es el instrumento que el capital usa para conquistar la naturaleza (que quiere decir banalmente producir mercadería), sino, habiendo incorporado el instrumento y sufrido una metamorfosis antropológica, reconquista un valor de uso; actúa mecánicamente en una autonomía del capital que quiere volverse total.

Hoy en día estamos en una situación donde hay la completa transformación de la fuerza de trabajo en términos de multitud (o sea de conjunto de singularidades que producen pensamiento, lenguajes y funciones intelectuales) a la cual se une, por otro lado, una gran parte de trabajadores que con su vivir, su cultivar, su desarrollar tradiciones, digamos que forjan la base material de ellas. Esta es otra forma con la cual se expresa el trabajo

cognitivo: ¿quién es más cognitivo que el campesino que conoce las estaciones, el desarrollo de las siembras y tiene un conocimiento tan perfecto de su propia tierra como para producir unas obras maestras de producción natural? Pero, más allá de esto, la cosa importante es que esta transformación ha provocado una crisis profunda del desarrollo capitalista. El capital financiero quiere, más bien debe, captar el valor expresado por una fuerza de trabajo que se ha vuelto cada vez más autónoma, en virtud del devenir cada vez más común en el proceso productivo. La comunidad del producir es una fuerza que no subsiste solo en la conciencia de clase, si no que ontológicamente consiste en la materialidad de la vida. Eso es lo que, en un momento de crisis, hace muy interesante la vida que llevamos adelante; porque en este marco nos podemos poner el problema de reorganizar lo común.

Debate

[El público asistente planteó preguntas al profesor Negri]

Pregunta 1: *Quisiera hacer una pregunta precisa, aprovechando la oportunidad de que estás aquí, para interrogarte respecto a algunas publicaciones que de alguna manera han sido mencionadas. Sería interesarte profundizar este tema muy complejo de Imperio, considerado como una red de poder. En segundo lugar, quisiera preguntarte cuál es tu opinión sobre la multitud como capacidad de resistencia y, finalmente, cómo consideras a nivel mundial y, más concretamente en América Latina, la capacidad de construcción de un tipo de alternativa al imperio o un imperio alternativo.*

Pregunta 2: *Buenas tardes, mi pregunta se refiere a los cambios en la tipología de las instituciones que están ocurriendo en algunos países de América Latina. ¿Los actores que promueven estos procesos pueden volverse ellos mismos un problema para esta transformación? Además quisiera preguntar, ¿cuál es el papel de los movimientos sociales en esta nueva fase del capital financiero?*

Respuestas de Toni Negri:

Sin duda, en los últimos veinte años, en América Latina se han presentado algunas de las formas más interesantes que la atención política y el interés en la transformación social han notado y resaltado. Creo que en América Latina han surgido las figuras más evidentes —a la vez— de la crisis y de la alternativa a la crisis de la capacidad capitalista de controlar de manera unitaria los procesos sociales. A partir de la gran lucha por liberarse de los vínculos de dependencia colonial o para-colonial y, en todo caso, de la dependencia del mercado de la vida y del saber; se han desarrollado movimientos sociales que han dictado la agenda de la transformación. Y lo han hecho muchas veces hacia los gobiernos, a más de las sociedades consideradas en su conjunto. Cuando hablaba de nuevo proletariado y multitudes, obviamente

me refería también a los movimientos sociales, porque creo que la crítica del movimiento de la clase obrera como momento vanguardista y total de dirección, síntesis y desarrollo de la lucha es ampliamente aceptada.

Cuando se habla de movimientos sociales, se habla de movimientos que se construyen en el campo de la laboriosidad social y que, justamente por esto, determinan la dimensión política de la resistencia. En lo personal provengo de una experiencia y una educación típicas de la clase obrera; mi formación política se dio delante de las fábricas y mi vida transcurrió cerca de una planta petroquímica a pocos kilómetros de mi casa, asimismo delante de las grandes fábricas mecánicas como la FIAT. Poco a poco vimos la transformación del obrero masa al obrero social, a la multitud y, junto con esta transición, la importancia de los movimientos sociales que se adueñaron de la dirección de la lucha de clases. El concepto de multitud no es sencillamente el concepto del conjunto de singularidades que introducen en el trabajo unos momentos de innovación cognitiva, sino es también el concepto de una sociabilidad que se opone al capital de varias formas. Ustedes saben que el concepto de multitud ni siquiera nació en el Occidente, en el occidente avanzado, sino en América Latina, donde fue utilizado primeramente por los compañeros de la comuna boliviana para comprobar la unidad entre los trabajadores mineros de los sindicatos y los campesinos, los cocaleros. Aquí surge el concepto de multitud, que luego se desarrolla como concepto de antagonismo de los movimientos sociales respecto al poder capitalista.

En América Latina, entonces, asistimos a un formidable nacimiento de nuevos movimientos que, en primer, lugar determinaron un debilitamiento (o tal vez el fin) de la dependencia de América Latina respecto al mundo capitalista más avanzado, en particular Estados Unidos. El fin de la doctrina Monroe y del Consenso de Washington y el comienzo de procesos muy interesantes de unificación ideológica y discusión sobre la cooperación política, económica y financiera de muchos países de América Latina. En la crisis del capitalismo actual, en este proceso global que impone las normas del capitalismo financiero y frente a la transformación del trabajo, ¿cuál es la situación latinoamericana? Yo creo (y lo digo dudando, como si fuera una hipótesis de trabajo) que el capital financiero se dedicó a la explotación del *welfare* y por tanto de la acumulación del trabajo en los sistemas de asistencia

y producción del hombre para el hombre del occidente avanzado, como un elemento de explotación directa. Y a la vez se fijó en el nuevo campo biocapitalista (o de un capitalismo de la naturaleza) que es en gran parte América Latina, como objeto privilegiado para el extractivismo minero y petrolero, el negocio agrario de la soya, la explotación de los bosques o de otras fuentes de materia viva. Es el equivalente de la explotación del *welfare* en los países donde ya no hay la naturaleza. Y esta mutación reintrodujo –a través de las multinacionales de estos productos– un tipo de dependencia. Digo que estoy haciendo una hipótesis, pero corresponde un poco a la tendencia que se puede notar en los países de América Latina. Una línea que proviene del hecho de que, en primer lugar, los movimientos dictaron la agenda a los gobiernos y luego, después de 2008, cuando se disparara la gran crisis mundial, los gobiernos dieron lugar a unas instancias de soberanía y fuerte centralización, quizás provocando la misma neutralización de los movimientos.

Creo que este es un tema a analizar, por lo demás ya es un punto abierto de la discusión entre ustedes, ciudadanos latinoamericanos. Considero que hoy en día, en América Latina, hay una relación estrecha entre las formas avanzadas del extractivismo y la reafirmación de la soberanía nacional; porque es evidente que cuando las grandes máquinas capitalistas llegan a organizar estos procesos, realmente necesitan unos elementos de estabilidad, continuidad y –lo afirmo como mera hipótesis– de acuerdo ideológico. Sin embargo, hay la posibilidad, de acuerdo a lo que decía antes (y con referencia a la potenciación de la capacidad de cooperación, introducida por el trabajo cognitivo) de que esta vieja gran tradición de la comuna, de los grandes movimientos campesinos e indígenas haya establecido una fuerte capacidad de resistencia. Creo que hay un punto sobre el cual se pueden construir alternativas políticas y formas de resistencia, enfocadas a la producción de instituciones que sepan responder a las necesidades de los proletarios y los trabajadores. Creo que en este ámbito también en Europa hay una postura fuerte: por cierto no es una solución a estos problemas, pero por lo menos una toma de conciencia.

Es obvio que el concepto de soberanía nacional hoy en día es muy débil; una respuesta al nuevo capitalismo que provenga de la base de los trabajadores y se forme de manera democrática, puede generarse solo en concentracio-

nes de países y redes amplias de fuerzas. Desde este punto de vista, Europa representa una de las formas en las cuales el orden imperial (que después de la caída del sistema soviético parecía haberse establecido en Estados Unidos) se ha reorganizado. Frente a la decadencia del mando mundial de Estados Unidos, las formas importantes de reorganización territorial y política son de tipo continental, tal como los ámbitos en los cuales se puede construir el contrapoder internacional: Europa, América Latina, China, América del Norte, etc. La superación de los límites de los gobiernos nacionales se puede imaginar solo a partir de grandes plataformas continentales, las únicas que pueden tener la fuerza para contrastar los mercados globales actuales.

El tema de la deuda representa la fase por la cual transitaron el extractivismo o el ataque al *welfare*. Se debe pagar la deuda y esta deuda –fruto de una convención monetaria entre capitalistas– es fijada por los patrones. Y quien no tiene el dinero para pagar debe entregar las fuentes naturales de energía (o sea las materias primas necesarias para reconstruir la industria de los patrones) o los cuerpos de los trabajadores, que habían acumulado sus ahorros en el *welfare*. La crisis de la deuda es esta, nada más. Desde este punto de vista, con muchos compañeros europeos que vivieron las luchas sociales, nos preguntamos si efectivamente la increíble difusión de movimientos sociales y la capacidad de establecer una relación de fuerza dual con los gobiernos, dictando la agenda y los problemas, así como se ha dado en América Latina, representaba un modelo a adoptar, o mejor dicho, trazaba unas pistas a seguir. Nos preguntábamos, por ejemplo, si el nuevo tipo de mando que el capital ejerce a través de la *gobernanza* –o sea no mediante la ley central, general y abstracta, sino mediante continuas mediaciones sociales que se desarrollan aquí y allá– permitía la generación de una clase de dualismo de poder. Obviamente no. Sin embargo, este modelo surgido de América Latina nos entusiasmó, llevándonos a estudiarlo en el intento de entenderlo totalmente. Actualmente tengo la sensación de que América Latina está viviendo una crisis de este modelo, precisamente donde esas experiencias salieron a la luz. No quiero hablar sobre asuntos que desconozco, ni afirmar la verdad de manera irrefutable, por eso hago hincapié en la palabra “probablemente”. Pero tengo la sensación de que a partir de 2008, con la gran crisis, se está viviendo una fase que cambia la relación entre gobiernos y movimientos.

Segunda ronda de preguntas

Pregunta 3: *(desde Guayaquil): ¿Cómo ha cambiado tu orientación después del 11 de septiembre, y qué opinas sobre el neo-populismo y neo-estatalismo latinoamericano?*

Pregunta 4: *Hablaste del tema de la comuna para Ecuador y Bolivia y, de hecho, en especial en los años noventa, la comuna fue un organismo de resistencia frente al neoliberalismo. Había campesinos sin tierra, artesanos e indígenas con una fuerte índole étnica, que desarrollaron una resistencia significativa respecto a la debilitación que mencionabas. Ahora se ha impuesto un Gobierno nacionalista, democrático y reformista, que está redistribuyendo los recursos mientras, a la vez, promueve una línea extractivista como su política económica principal. En esta nueva situación de América Latina, ¿qué lugar podría ocupar este tipo de articulaciones comunales, dado que una parte del modelo conlleva el despojo de los recursos naturales, del agua, o que estos procesos neolibertistas están destruyendo estas formas de resistencia, y tal vez en el futuro vamos a tener ciudadanos individualistas (basta pensar en el eslogan de la Revolución Ciudadana)? Esta es un poco la tensión que hay en Bolivia con la manifestación por la defensa del parque natural. ¿Qué provocan las intervenciones estatales y qué es lo que queda de estas formas de resistencia?*

Pregunta 5: *Ante todo quisiera felicitar a Mauro Cerbino por haber organizado esta iniciativa. Estoy muy emocionado, porque vivo en Estados Unidos y formo parte de una red, Thinking Marx, que en el pasado invitó al Prof. Antonio Negri pero nunca lo pudo acoger, por la prohibición de ingreso que le fue aplicada. Después de muchos años de lectura de Negri, quisiera hacer algunas observaciones respecto a las implicaciones de su análisis sobre la subjetividad política y las nuevas formas del capitalismo, además de la subjetividad política y las nuevas formas de lo común, con referencia a la crisis que está afectando a Europa. ¿Cuál es la situación en Europa respecto a estas temáticas?*

Respuestas de Toni Negri:

Por lo que se refiere al tema de la comuna, y en general la debilitación de las luchas que hubo durante estos años, creo que estas dinámicas representan, tal vez, una de las pruebas de la crisis significativa que hay en la relación entre gobiernos y movimientos en América Latina. Sin embargo, no soy tan pesimista, porque será el mismo mecanismo capitalista y su hambre de explotación y exageración de su poder lo que determine nuevas situaciones de lucha y la regeneración de la misma lucha. Tampoco quiero ser un determinista clásico, pero sé muy bien (por mis cincuenta años de experiencia) que las luchas viven y se desarrollan mediante ciclos. Por si acaso, el problema que me interesa más es entender si el nivel alcanzado en un ciclo es reversible o no. Porque es fundamental la irreversibilidad de los resultados concretos (salariales, económicos y organizativos) e institucionales alcanzados durante los ciclos de lucha. Indudablemente, de Che Guevara a hoy, en América Latina sucedieron ciclos de luchas que se han consolidado en su punto más alto, a pesar de las dictaduras, los planes Cóndor y el conjunto de monstruosidades que se realizaron en aquel entonces de manera extremadamente agresiva. Digo esto no para dar una esperanza a nadie, sino para reafirmar lo que me parece evidente: por un lado la lucha es algo obligatorio, pero por el otro es un deseo, un gesto de amor hacia nuestros compañeros y un concepto de justicia, absolutamente no abstracto, que las olas de lucha construyen de manera inevitable e irreversible en la conciencia de los trabajadores.

En cuanto a la pregunta de Guayaquil. El 11 de septiembre hay que considerarlo desde una óptica histórica: fue el primer acto, indudablemente terrorista, de un proceso de luchas que han debilitado mucho a Estados Unidos. Después del fracaso del sistema soviético, la vocación imperial de la Casa Blanca disminuyó con las guerras en Irak y Afganistán, que los Estados Unidos perdieron. Aquellas guerras tuvieron un costo enorme para Estados Unidos y permitieron un tranquilo crecimiento del coloso chino, además de una relativa ausencia de Estados Unidos respecto a los eventos revolucionarios en curso en América Latina. Si bien es relativo, porque no se trata de una verdadera ausencia, el debilitamiento estadounidense es real. Por tanto, creo que es preciso considerar el 11 de septiembre desde

esta óptica, que hoy se abre aun más. Esta noche Israel ha bombardeado Gaza y está tratando desesperadamente de empezar una guerra insensata y absurda, contra la voluntad de la misma administración de Obama. Una guerra que más allá de todo, para nosotros los italianos y europeos, se combate a las puertas de nuestra casa. Una guerra absurda, carente de cualquier sentimiento, a parte de la eterna defensa de regímenes feudales, tal como los regímenes del golfo, cuya misma existencia es escandalosa. Una verdadera herida en la conciencia de esos pueblos. Las primaveras árabes, que hoy en día han sido remendadas, representan un fenómeno comparable con el de 1848 en Europa, o la fundación de los estados-nación a partir de 1830 en América Latina. Se trata de procesos que seguirán inevitablemente y poner en el poder al islámico moderado de turno es sencillamente algo insignificante, a más de una política jugada bajo la orilla de la década. Sin embargo, queda el peligro real de guerras; ese riesgo que nadie de nosotros quiere correr, en un mundo en que la energía nuclear está por todos lados y las bombas atómicas pueden dar vueltas por las órbitas estelares.

Por lo que se refiere al populismo, nunca he logrado considerarlo seriamente una teoría política. Me parece un tema demasiado viejo para que se lo pueda definir en términos actuales. No creo que el uso de las teorías del psicoanálisis y de la afirmación de la necesidad del padre o del uno pueda permitir de alguna manera la insistencia en la unidad. Al contrario, tengo que admitir que esto me parece terriblemente ideológico. Me parece una afirmación de trascendencia, a más de un elemento muy perjudicial para el debate político. Cuando se dice, por ejemplo, que los movimientos no logran unificarse: es cierto, ¿pero por qué? Y, ¿es cierto que solo los movimientos unificados pueden hacer política? No estoy convencido. No es casualidad que ustedes escribieron en su Constitución que Ecuador es un país multinacional y cuentan con una historia llena de puntos de fuerza. No es el uno que hace la fuerza; eventualmente es la fuerza que hace el uno. El tema es presenciar y luchar junto con los movimientos, no aterrorizar o neutralizar el debate político, reivindicando exclusivamente el uno. Es obvio que el uno es solo el Gobierno y de esta manera no se abre el debate o la esperanza. En todo caso me declaro incapaz de contestar la pregunta sobre los populismos, lo siento.

Respecto a Europa, sin duda la pregunta es muy interesante y haría falta más tiempo para poder dar una respuesta. No hay duda de que en Europa –mediante la crisis– hay un intento por reorganizar la jerarquía productiva en la totalidad de los países europeos, el sistema del *welfare* y posiblemente la cantidad de libertad que le corresponde a cada uno. El cambio del equilibrio europeo, que ya no es determinado a través de las relaciones entre los países-nación, sino por medio del Banco Central Europeo de Frankfurt, es el símbolo de esta situación. Todo esto no quiere decir que en Europa no hay luchas; las hay muy fuertes y profundas, que están recomponiendo un horizonte de poder constituyente. Solo un efectivo poder constituyente podrá liberarnos del modelo de representación inventado por la burguesía en 1700, que hoy en día –justamente porque se basa en el concepto de propiedad, trabajo y moneda– no resiste más. Por cierto Europa no se encuentra en una fase revolucionaria, ni prerrevolucionaria, pero sí en una situación por algún lado insostenible. ¿Una situación de indignación? Cuando la indignación proviene de lo profundo puede forjar las conciencias y transformar las instituciones.